

Imaginación e imputación causal

La comprensión concede a la imaginación un lugar esencial en la construcción de la historia. Transferir a una situación histórica esquemas explicativos probados en el presente, ponerse en el lugar de aquellos a los que se estudia, es imaginar las situaciones y a los hombres. Para ilustrar este punto, Collingwood tomaba el ejemplo de aquel que invita a un amigo a cenar y que, unos minutos más tarde, piensa como él y se lo imagina en el trance de subir las escaleras de su casa y de buscar las llaves en el bolsillo. Cuando se lo imagina, obra como lo haría el historiador cuando construye la historia.

La observación no tiene nada de novedosa. Un historiador como Seignobos, a quien por lo común se le toma como fuente de las verdades más ingenuas, ya lo tenía en cuenta:

CHARLES SEIGNOBOS: ESTAMOS OBLIGADOS A IMAGINAR...

Realmente, en Ciencia social se trabaja, no con cosas verdaderas, sino con las representaciones que de ellas nos formamos. No se ven los hombres, los animales, las casas que se consignan en el censo, no se ven las instituciones que se describen. Hay que *imaginarse* los hombres, las cosas, los actos, los motivos que se estudian. Estas imágenes son la materia práctica de la Ciencia social, estas imágenes es lo que se analiza. Algunas pueden ser recuerdos de cosas que personalmente se ha observado, pero un recuerdo no es ya más que una imagen. La mayor parte, por lo demás, ni siquiera han sido obteni-

das por recuerdo, las inventamos *a imagen* de nuestros recuerdos, es decir, por analogía con imágenes obtenidas por medio del recuerdo. (...) Para describir el funcionamiento de un sindicato, nos figuramos los actos y gestiones de sus miembros.

La Méthode historique, pág. 118 (trad. esp., págs. 105-106).

Con un vocabulario diferente, Seignobos dice lo mismo que Collingwood. Resultaría inútil retomar aquí la cuestión de si la imaginación sólo es aplicable a la construcción de los hechos históricos. Ahora bien, es la que preside la búsqueda de las causas, es a la que apela por lo general la explicación histórica, dicho ahora en un sentido que no se opone ya a la comprensión como explicación «científica» que vimos en el capítulo precedente, sino que más bien la prolonga.

A LA BÚSQUEDA DE LAS CAUSAS

Causas y condiciones

Podemos discutir sobre la importancia que en el ámbito de la historia deba tener la búsqueda de las causas. Pero no adoptaremos una perspectiva normativa. Más que decir lo que deba ser la historia, ambicionamos analizar cómo se practica habitualmente. Ahora bien, si existen en historia otras formas de inteligibilidad además de la reconstitución de causalidades, hay que reconocer que los historiadores ocupan gran parte de su tiempo buscando las causas de los acontecimientos que estudian y determinando cuáles son las más importantes. ¿Cuáles son las causas del nazismo?, ¿y de la guerra de 1914?, ¿y del Terror? ¿y de la caída del Imperio romano? Es en torno a cuestiones como éstas sobre las que se organiza el debate histórico.

Para comprender lo que dicen los historiadores cuando hablan de esto, es necesario realizar algunas distinciones, pues hay causas y causas.

A menudo, se acostumbra a oponer causas superficiales a causas profundas, lo cual nos devuelve al ajuste de las temporalidades: las segundas son más difíciles de percibir, más generales, más globales, más importantes, tienen un mayor peso sobre los acontecimientos, hasta cierto punto son más «causas» que las superficiales. Esto nos remite a una jerarquía causal que no tiene cabida en el universo de las ciencias: dentro de la lógica determinista, una causa lo es o no lo es, pero no lo

puede ser ni mucho ni poco. Evidentemente, la palabra no tiene el mismo sentido en ambos universos.

Quizá sea más clarificadora la distinción entre causas finales, materiales y accidentales. Las primeras se refieren a la intención, a la conducta juzgada en términos de racionalidad, es decir, a la comprensión, distinguiendo con Weber entre racionalidad objetiva con relación a lo regular y racionalidad subjetiva con relación a fines (véase *supra*, cap. 7). Pero, junto a las causas finales, están las causas materiales, es decir, los datos objetivos que explican el acontecimiento o la situación histórica: la mala cosecha, la subida del precio del pan, etcétera. Más que de causas, convendría que habláramos de condiciones: éstas no determinan, en sentido estricto, el acontecimiento o la situación, no lo hacen ineludible y, sin embargo, podemos pensar que sin ellas no se habría producido. Las condiciones lo hacen posible e incluso probable. Las causas accidentales son siempre aquellas que aparecen como fruto del azar, contingentes en todo caso, y que sirven como desencadenante. Nos explican que el acontecimiento provocado por las causas materiales se produjo precisamente en tal momento y bajo determinada forma. Retomemos un ejemplo célebre, ya que fue puesto por Seignobos, recogido después por Simiand en su contra haciéndole decir lo opuesto de lo que había dicho, y vuelto a utilizar más tarde por M. Bloch. En la explosión de una mina, la chispa que prende fuego a la pólvora es la causa accidental, pero las causas materiales son otras: la cavidad excavada para situar el explosivo, la compacidad de la roca que hay a su alrededor, la carga de pólvora¹. Y a todo ello podríamos añadir la causa final: las razones por las cuales alguien decidió volar una mina, como por ejemplo el proyecto de ampliar una carretera.

En un cierto sentido, esta búsqueda y esta jerarquía de las causas se aproximan a la historia de las ciencias: nos alejamos aquí de la comprensión empática o de la intuición romántica para entrar en el orden intelectual del razonamiento, de la argumentación. Hay en eso además un segundo tiempo, bien diferente, al menos en un primer análisis. La comprensión y la explicación de los fenómenos históricos son análogas a las que se emprenden en relación con los textos literarios. Ricoeur ha observado² que es inútil oponer la comprensión inmediata

¹ Ch. Seignobos, *La Méthode historique*, pág. 270; François Simiand, «Méthode historique et science sociale», pág. 93; M. Bloch, *Apologie*, pág. 48.

² «Expliquer et comprendre.»

del texto por intuición o comunicación y el análisis estructural que se pueda hacer, ya que ¿cómo estar seguro de haberlo comprendido correctamente sin analizarlo y por qué hacer esto último si no hay nada que comprender? Del mismo modo, en historia, la comprensión no es suficiente, y corre el riesgo de ser errónea si uno no se preocupa de construir a partir de ella una explicación más sistemática, analizando la situación inicial, identificando los diversos factores y sopesando las causas.

Este recurso a una explicación racional reduce la distancia que separa la historia de la ciencia. Cierto es que en la ciencia existen leyes y que en la historia no ocurre lo mismo, pero toda ley está sometida a condiciones que determinan su validez. Las reacciones químicas están sujetas a una serie de condiciones relativas a la temperatura y a la presión. La pregunta es, pues, si la propia historia excluye la posibilidad de leyes o si las condiciones de validez a las que estarían sometidas las posibles leyes son tan numerosas, complejas e interdependientes que uno no puede desenredar la madeja. Se podría entonces prever que una historia más acabada, mejor rematada, se podría incorporar a la ciencia. Es en este sentido en el que M. Bloch nos hablaba de una ciencia «en la infancia».

Con todo, es necesario renunciar a esta ilusión. Al menos por dos razones. La primera la hemos abordado extensamente en el capítulo precedente: las conductas humanas, objeto de la historia, pertenecen al orden del sentido y no al de la ciencia. La segunda es también fuerte: la complejidad del entramado de causas en historia es infinita. Incluso un historiador perfecto, omnisciente y omnicompetente sucumbiría al desentrañarla. Lo que caracteriza a los objetos históricos es su complejidad inagotable. «En efecto —decía M. Weber—, jamás puede concebirse como exhaustiva aun la *descripción* del segmento más ínfimo de la realidad. El número y la índole de las causas que determinaron cualquier evento individual son siempre *infinitos*...»³.

Estamos, pues, en una encrucijada. La historia no se explica en su totalidad, pero se explica. Si se explicara por completo, entonces sería previsible. Ahora bien, ni está determinada del todo ni es simplemente aleatoria. No se puede llegar a conocer por completo, y el historiador que se empeñara en ello podría, hasta cierto punto, prever los acontecimientos futuros, pero no en sus formas precisas. El pronósti-

co, que se basa en el diagnóstico y deja margen a la contingencia, no es imposible. «Es posible prevenir el porvenir, con tal de que no se quiera profetizar lo particular», decía en 1850 Stein, cuyo pronóstico sobre la evolución constitucional de Prusia ha sido verificado por la historia⁴. Pero lo que sucede es que los historiadores también se equivocan: ¿cuántos habían descrito los regímenes socialistas de la Europa oriental como estructuras absolutamente estables? Y, sin embargo, el muro de Berlín se derrumbó... La experiencia cotidiana nos demuestra que no hay determinismo absoluto, por un lado, y pura contingencia, por el otro, sino una mixtura de dosificaciones variadas que van de lo que es ciertamente previsible a lo imprevisible, pasando por todos los grados de lo probable y lo posible.

La explicación histórica, que desenreda ese enmarañado conjunto de causas múltiples, le debe a esta situación algunas de las particularidades que hacen de ella una operación intelectual específica.

Retrodicción

Por un lado, como pusiera de manifiesto P. Lacombe a finales del siglo XIX, la historia se remonta desde el efecto a la causa, mientras que la ciencia descende desde la causa al efecto. Éste es el sentido de la importancia que los científicos conceden a la repetición de las experiencias: las mismas causas, reunidas bajo los mismos protocolos experimentales, provocan los mismos efectos. En cambio, la historia sólo ve efectos, diferentes en cada ocasión, e intenta remontarse a las fuentes. Eso es la retrodicción.

PAUL LACOMBE: DE LO CONTINGENTE A LO DETERMINADO

...un fenómeno tiene por causa otro fenómeno que necesariamente le precede. Si el fenómeno consecuente no tenía necesidad de la precedencia del otro para producirse, no pensaríamos en considerar a éste como una causa.

A la idea del antecedente necesario otra idea se une en una suerte de polaridad, la idea de la consecuencia más o menos obligada. Concebimos que, estando presente el primer término, llegará el

³ M. Weber, *Essais*, pág. 162 (trad. esp., pág. 67).

⁴ R. Koselleck, «Le pronostique historique dans l'ouvrage de Lorenz von Stein sur la Constitution prussienne», *Le Futur passé*, págs. 81-95 (trad. esp., pág. 153).

segundo; después de la causa consideramos el efecto, pero no con la misma certeza que tenemos cuando se trata de la precedencia de la causa.

En efecto, la experiencia nos enseña que la consecuencia no es siempre ordenada imperiosamente. En esta especie de violencia que el antecedente ejerce sobre el consecuente, observamos una infinidad de grados; eso es debido en forma absolutamente inevitable a lo probable y a lo posible.

Cuando un efecto nos parece seguir indefectiblemente a su causa, decimos que está determinado; cuando a pesar de la presencia de la causa parece poder no presentarse el efecto, decimos que es contingente. Estos son términos subjetivos que se refieren a nosotros, que traducen una impresión a la vez intelectual y moral (...); esos términos no tienen nada de absoluto; no hay en la naturaleza dos cosas distintas, lo determinado y lo contingente, pero sí en nosotros una impresión graduada; oponemos lo determinado a lo contingente, como hablamos del frío y del calor.

(...) Nosotros hemos empleado hasta aquí la palabra causa. Se puede emplear la palabra condición. Todo lo que se llama causa de un efecto constituye las condiciones de la producción del efecto. Una condición puede imponerse de una manera absoluta al efecto; en tanto que ella no es cumplida, el efecto es imposible; pero por otra parte, cumplida ella, puede que el efecto tarde indefinidamente en producirse; por tanto, ella lo condiciona imperiosamente; no lo determina del todo...

De l'histoire considérée comme science, páginas 250-251 (trad. esp., págs. 210-211).

Como veremos más adelante, la retrodicción implica un tiempo que pueda recorrerse en los dos sentidos. Lo que hace es dar estabilidad a esa búsqueda de causas en historia y lo hace con un elemento de estabilidad y de fuerza que no debe ser subestimado: el punto de llegada nos viene dado, y es a partir de él desde donde el historiador trabaja. No permite descartar el riesgo de una construcción intelectual delirante, pero al menos la reduce considerablemente. El historiador puede presentar todas las interpretaciones posibles de la Revolución francesa, pero, como mínimo, todas sus explicaciones tienen una variable común, aquello a lo que deben conducir: la propia Revolución. No es para menos si se ha de contener la imaginación.

La observación no carece de fundamento, dado que, en la búsqueda de las causas, el historiador recurre a menudo a ella.

LA EXPERIENCIA IMAGINARIA

Escribir la historia con los si

No se escribe la historia con los «si», se repite a menudo. Ahora bien, ¿y si...?

Cierto es que sólo hay una historia: la que pasó, y no sirve de nada —o al menos eso se cree— soñar con que las cosas hubiesen podido ser de un modo distinto al que fueron. Resulta inútil, a primera vista, imaginar que la Revolución no hubiera tenido lugar o que Francia no hubiera sido derrotada en 1940, que los ferrocarriles no se hubieran inventado o que la vid no se hubiera cultivado en el Imperio romano. Al recordar que la historia no se escribe con los «si», devolvemos a la realidad a aquellos que intentan evadirse. Es ésta una función reguladora indispensable, y conviene dejar constancia de ella inmediatamente.

Pero el carácter recurrente de la advertencia nos obliga a interrogarnos sobre si no habría en ello, en la formulación del si, una permanente tentación, inherente al procedimiento histórico. ¿Podemos comprender por qué las cosas pasadas sucedieron como lo han hecho sin interrogarnos sobre si podrían haber ocurrido de otra manera? En verdad, imaginar otra historia es el único camino para hallar las causas de la historia real.

Este mismo modelo ha sido sistematizado por los historiadores americanos de la *New Economic History*. Con el fin de valorar el impacto del ferrocarril sobre el crecimiento de la economía americana, emprendieron la reconstrucción de cómo habría evolucionado esa economía si en aquella época no hubieran existido los caminos de hierro⁵. Otros historiadores han construido un modelo de crecimiento de la economía rusa después de 1918 a partir de la hipótesis de que no hubiera sido socialista, es decir, partiendo de la hipótesis del fracaso de la revolución soviética.

Los historiadores franceses han sido por lo general reticentes ante este planteamiento. Las construcciones contrafactuales les parecen aventuradas. Es cierto que, en los ejemplos citados, estos modelos ponen en liza un número considerable de variables cuya combinación es

⁵ Robert Fogel, *Railroads and American Economic Growth: Essays in Econometric History*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1964.

en parte aleatoria. Pero el procedimiento, en sí mismo, es perfectamente legítimo. Para mostrarlo, tomaré un ejemplo que me parece irrefutable.

Los historiadores de la guerra de 1914 y los de la población francesa tienen por costumbre, cuando evalúan las bajas de la contienda, añadir a las pérdidas bélicas propiamente dichas lo que denominan la «sobremortalidad civil». La guerra tuvo para la población consecuencias nefastas, penurias alimenticias, falta de carbón durante un invierno muy riguroso como lo fue el de 1916-1917. Estas malas condiciones de vida provocaron la muerte de un número de civiles mucho mayor de lo que es normal en tiempo de paz. Parece lógico, pues, incluir esa «sobremortalidad» en el balance de la contienda.

El análisis presenta un primer defecto: incluye las pérdidas causadas por la gripe española de 1918. Ahora bien, nadie puede afirmar que dicha epidemia fuera debida a la guerra, pues afectó también a los países neutrales, y a veces cuando la contienda ya había finalizado.

Un segundo defecto es el carácter aproximativo del razonamiento. En efecto, la noción de «sobremortalidad civil» implica ya un análisis contrafactual: para hablar de sobremortalidad se necesita comparar la mortalidad efectiva con la que se podría haber producido sin una guerra de por medio. Sin embargo, como esta historia contrafactual no es consciente de serlo, no formaliza sus hipótesis, lo que le impide verificarlas.

Intentemos, pues, hacerlo⁶. Son conocidas las estadísticas de decesos por sexo y por edad. Necesitamos también un poco de crítica, para no entristecer a Seignobos. Así, podremos descartar del análisis las muertes masculinas, pues resulta difícil separarlas de lo que son las pérdidas militares, las cuales, por otro lado, son tan importantes para algunas cohortes de edad que hacen imposible cualquier comparación. Centrémonos, por tanto, sólo en los decesos femeninos. Describen la historia que realmente aconteció.

Para compararlo con lo que habría pasado si no hubiera habido guerra, deberemos evaluar cuántas mujeres de los diversos grupos de edad habrían fallecido cada año si todo hubiera sido normal: ésta es la hipótesis contrafactual. Ahora bien, es perfectamente posible calcular esos decesos «teóricos»: conocemos las tasas de mortalidad por cohortes de edad y sexo de los años anteriores y posteriores a la guerra. To-

⁶ Retomamos aquí los resultados inéditos de un estudio del Dr. Jay Winter, del Pembroke College, Cambridge.

mando como hipótesis que el curso de esa evolución hubiera continuado sin conflicto bélico de por medio, obtendremos esas tasas «teóricas» para los años de la contienda. Finalmente, aplicándolas a los efectivos conocidos de la población femenina, tendremos el número de decesos «teóricos». La comparación deviene posible.

Y aquí está la sorpresa: hubo en los años 1915, 1916 y 1917 menos muertes de mujeres de las que debería haber habido si, por otra parte, todas las cosas hubieran marchado con normalidad. No sólo no existe tal «sobremortalidad», sino que, por el contrario, deberíamos hablar de una «submortalidad» civil. El análisis conduce a resultados semejantes para el Reino Unido, aunque no para Alemania, donde ocurre lo contrario. De ahí, la conclusión de que las potencias aliadas consiguieron preservar las condiciones de vida de su población civil durante la guerra, mientras que, por el contrario, la poderosa administración alemana no pudo conseguirlo en absoluto. Cabe decir que no fue ésta poca contribución a la desorganización de la sociedad germana en 1918 y a las tentativas revolucionarias que marcaron el fin de la guerra al otro lado del Rin.

Estuve tentado de desarrollar este ejemplo con mayor detalle no sólo en razón de su interés, sino también por la formalización que implica recurrir al cálculo. En cualquier caso, ilustra claramente un procedimiento contrafactual que se encuentra, aunque no siempre se haga conscientemente, en toda historia.

La experiencia imaginaria

En efecto, toda historia es contrafactual. Para identificar las causalidades, no hay otro medio que viajar al pasado con la imaginación y plantearse la hipótesis de si el desarrollo de los acontecimientos habría sido el mismo en el caso de que tal o cual factor, considerado aisladamente, hubiese sido diferente. La experiencia imaginaria es la única posible en historia, como subrayó P. Lacombe hace ya un siglo.

PAUL LACOMBE: LA EXPERIENCIA IMAGINARIA EN HISTORIA

Aquí debo decir algunas palabras sobre una clase de experiencia que es también la única posible en historia: la experiencia imaginaria. Suponed mentalmente un giro distinto del que tuvieron una serie de acontecimientos, rehaced por ejemplo la Revolución Francesa. Sin duda, muchos espíritus dirán que eso constituye una obra vana y también peligrosa. No comparto tal apreciación. Veo un peligro más real en la tendencia que nos lleva a creer que los aconteci-

mientos históricos no podrían ser de otra manera de lo que han sido. Por el contrario, es necesario darle el sentimiento de su verdadera inestabilidad. Imaginar la historia de otra manera de lo que fue, sirve desde luego para este fin.

De l'histoire considérée comme science, págs. 63-64 (trad. esp., pág. 62).

En general, también los filósofos han abordado esta cuestión, y lo han hecho a partir de ejemplos tomados en préstamo de la historia epistémica más clásica. Max Weber razonó sobre el papel desempeñado por Bismarck en el estallido de la guerra entre Austria y Prusia de 1866⁷, y Raymond Aron utilizó el mismo ejemplo para analizar con precisión las operaciones con las que procede el historiador.

RAYMOND ARON: SOPESAR LAS CAUSAS...

Si digo que la decisión de Bismarck ha sido causa de la guerra de 1866 (...), entonces entiendo que, sin la decisión del canciller, la guerra no habría estallado (o al menos no habría estallado en ese momento) (...), la causalidad efectiva no se define más que por una confrontación con lo posible. *Todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta por lo que habría podido ser.* La teoría se limita a formalizar lógicamente esa práctica espontánea del *hombre de la calle*.

Si buscamos la causa de un fenómeno, no nos limitamos a adicionar o a cotejar los antecedentes. Nos esforzamos en *sopesar* la influencia de cada uno. Para realizar esta discriminación, tomamos uno de los antecedentes, suponemos mentalmente su desaparición o su modificación y tratamos de construir o de imaginar lo que habría pasado con esa hipótesis. Si debemos admitir que el fenómeno estudiado habría sido otro en ausencia de ese antecedente (o bien en el caso en el aquél que hubiera sido diferente), concluimos que ese antecedente es *una* de las causas de una parte del fenómeno efecto, a saber de la parte que hemos debido suponer transformada (...).

Lógicamente, la búsqueda comprende las siguientes operaciones: 1.º desglose del fenómeno efecto; 2.º discriminación de los antecedentes y separación de un antecedente cuya eficacia vamos a considerar; 3.º construcción de evoluciones irreales; 4.º comparación entre las imágenes mentales y los acontecimientos reales.

⁷ Max Weber toma este ejemplo de Édouard Meyer, *Zur Theorie und Methodik der Geschichte*, Halle, 1902, que ve la guerra de 1866 como resultado de una decisión de Bismarck. Toda esta discusión se puede encontrar en los *Essais*, págs. 290 y ss.

Supongamos provisionalmente (...) que nuestros conocimientos generales, de orden sociológico, permiten las construcciones ideales. ¿Cuál será su modalidad? Weber responde: se trata de *posibilidades objetivas*, o, en otros términos, de consecuciones conformes a las generalidades conocidas, pero solamente *probables*.

Introduction à la philosophie de l'histoire, pág. 164.

Más allá del ejemplo del acontecimiento, el análisis tiene un alcance general: «Todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta por lo que habría podido ser.» Es, en efecto, el mismo procedimiento intelectual que se practica en cualquiera que sea el problema histórico que se aborde: «La causalidad efectiva no se define más que por una confrontación con lo posible.»

Si uno se interroga, pongamos por caso, sobre las causas de la Revolución francesa y quiere sopesar la importancia respectiva de los factores económicos (la crisis de la economía francesa a fines del siglo XVIII, la mala cosecha de 1788), los factores sociales (el auge de la burguesía, la reacción nobiliaria), los factores políticos (la crisis financiera de la monarquía, la destitución de Turgot), etcétera, no tiene otra solución que considerar una a una las distintas causas, suponerlas diferentes e intentar imaginar entonces la evolución que habrían seguido. Como dijo M. Weber, «para desenredar las relaciones causales reales, construimos otras irreales»⁸. Para el historiador, esta «experiencia imaginaria» es la única forma no sólo de identificar las causas, sino de *desenredarlas*, de *sopesarlas*, por utilizar los términos de M. Weber y de R. Aron. Es decir, jerarquizarlas.

Este papel decisivo de la experiencia imaginaria en la construcción de las explicaciones históricas obliga a interrogarse sobre sus condiciones de posibilidad.

FUNDAMENTOS E IMPLICACIONES DE LA IMPUTACIÓN CAUSAL

Pasado, presente y futuro del pasado

En primer lugar, la experiencia imaginaria descansa sobre una manipulación del tiempo. La construcción de evoluciones irreales para hallar las causas de las que sí son reales implica mantener la distancia

⁸ Reproducido por P. Ricoeur, *Temps et Récit*, t. I, pág. 328 (trad. esp., pág. 307).

y reconstruir el tiempo. Ya hemos analizado en profundidad la forma de temporalidad propia de la historia, subrayando el hecho de que ese pasado que llega hasta el presente es percibido por el historiador en los dos sentidos, de arriba abajo y de abajo arriba. Es con ese vaivén continuo entre el presente y el pasado, y entre los distintos momentos del pasado, con el que se construye la historia. La búsqueda de las causas es un recorrido temporal a lomos de la imaginación.

Por otra parte, esta última puede descansar sobre el tiempo: entre las causas cuya importancia intenta sopesar el historiador figura necesariamente el tiempo, ya sea éste corto o largo. ¿Alemania hubiera sido derrotada en 1918 si los americanos hubieran entrado en guerra más tarde? Si la Rusia zarista no se hubiera involucrado en la contienda de 1914, ¿la política de constitución de una burguesía rural habría proporcionado bases sociales suficientes para un régimen constitucional?

En ese transcurso del tiempo, el historiador se sitúa en un momento, en un presente de sus antepasados, en el que esos hombres, a la luz de su propio pasado, anticipaban el futuro. Así, gracias a la imaginación, reconstruye un momento pasado como un presente ficticio en relación al cual redefine un pasado y un futuro. Su pasado es un tiempo tridimensional.

Pero el pasado y el futuro de ese pasado no tienen la misma textura. R. Koselleck ha formalizado esta diferencia con ayuda de los dos conceptos, no simétricos, de espacio de experiencia y horizonte de expectativa⁹. El espacio de experiencia de los hombres del pasado es la presencia de su pasado, la forma en la que les era actual. Es a la vez racional e irracional, individual e interindividual. Franquea la cronología y se salta periodos de tiempo enteros, pues los hombres de antaño, como nosotros, borran ciertos elementos de su pasado en beneficio de otros. El horizonte de expectativa es la presencia, para ellos, del futuro: un horizonte que no se descubre jamás en su totalidad, como el historiador puede ver hoy en día, sino que se deja comprender por elementos sucesivos. Los hombres del pasado debieron esperar para descubrirlo. Este futuro pasado está hecho de anticipación, de alternativas posibles, de esperanzas y temores.

Esta manipulación del tiempo comporta a la vez una gran ventaja y un gran riesgo. La primera consiste en que el historiador es posterior al acontecimiento o a la situación que estudia, sabe cuál ha sido la evo-

lución real. Incluso podemos decir que este conocimiento de la evolución ulterior (en relación con el pasado estudiado) es el que otorga a los hechos su carácter histórico. Como muy bien saben los estudiantes, los acontecimientos «históricos», en el sentido de «memorables», «dignos de ser relatados», son aquellos que acarrear consecuencias. Ir a comprar una lata de conservas a una tienda no es un hecho histórico. Para serlo es necesario que tenga la capacidad de provocar un cambio¹⁰. Hasta cierto punto, el historiador está «anticipándose» al tiempo que estudia. Puede diagnosticar desde luego sobre lo que ocurrirá, puesto que ya ha ocurrido. Distingue fácilmente, muy fácilmente incluso, los acontecimientos importantes. Es lo que F. Braudel llamaba «las irremplazables comodidades» de nuestro oficio.

¿No podemos al primer examen descubrir lo esencial de una situación histórica, en cuanto a su devenir? En unas fuerzas en conflicto, sabemos quiénes ganarán, discernimos de antemano los acontecimientos importantes, «los que tendrán consecuencias», esos a los que finalmente les será entregado el porvenir. ¡Inmenso privilegio! ¿Quién sabrá, en los mezclados hechos de la vida actual, distinguir con esa seguridad lo durable de lo efímero?¹¹

«Evidente y peligrosa simplificación», dice, por otra parte, F. Braudel¹². En efecto, esta suerte no se puede separar del gran riesgo que comporta. Con el conocimiento retrospectivo de lo que, para los hombres del pasado, era el futuro corremos el riesgo de pervertir la reconstitución del horizonte de expectativa y de estrecharlo, o incluso de permanecer ciegos ante las posibilidades que ocultaba la situación.

La historia de la campaña militar que se desarrolla en Francia en 1940 nos proporciona un buen ejemplo. La derrota es un acontecimiento tan rápido y tan masivo que los historiadores franceses, atrapados por las imágenes del desastre y, quizá también, traumatizados por el hundimiento de su país, han tendido a escribir la historia de las cinco semanas que van de la invasión alemana en las Ardenas a la solicitud de armisticio, como si se tratase de una tragedia clásica de desenla-

¹⁰ Véase N. Sadoun-Lautier, *Histoire apprise, Histoire appropriée*, capítulo 3.

¹¹ De su lección inaugural en el Collège de France, *Écrits sur l'histoire*, pág. 30 (trad. esp., págs. 28-29). El texto citado adquiere particular valor por el hecho de que F. Braudel lo escribiera en dos ocasiones y con los mismos términos. La primera vez para aquella lección y la segunda en un artículo de la *Revue Économique*, ambas de 1950. Este último artículo está reproducido también en los *Écrits*, págs. 123-133.

¹² En el célebre artículo sobre la larga duración, *ibíd.*, pág. 58 (trad. esp., pág. 53).

⁹ R. Koselleck, «Champ d'expérience et horizon d'attente», *Le Futur passé*, páginas 307-329.

ce ineludible. No obstante, en el horizonte de expectativa que tenían los franceses a principios de mayo de 1940, solidario a su vez de un espacio de experiencia en el que brillaban las referencias a la batalla del Marne y a la victoria largamente esperada de 1918, la derrota no era más que una alternativa entre otras, posible, pero ni cierta ni inevitable. Ha sido necesario esperar medio siglo para que una historia bien documentada, y que por añadidura le debemos a un resistente, nos señale que las pérdidas del ejército francés entre mayo y junio de 1940, alrededor de 100.000 hombres, fueron proporcionalmente más importantes que las de la batalla de Verdún y que, a finales del mes de mayo, bajo la perspectiva de una recuperación en el Somme, la moral de las tropas se había restablecido momentáneamente. Habida cuenta de las fuerzas en contienda, así como del ritmo de producción de armamento alcanzado en la época —en mayo, a pesar de las operaciones, Francia fabricaba más carros de combate que Alemania— la derrota no era inevitable¹³.

Es decir, en aquel punto es importante que el historiador no se prima en exceso y que no reduzca sus hipótesis sólo a la evolución que tiene la oportunidad de conocer porque es posterior al acontecimiento. Construir evoluciones irreales es «el único medio de escapar a la *ilusión retrospectiva de fatalidad*»¹⁴.

Posibilidades objetivas, probabilidades, fatalidad

Nos hallamos aquí en el corazón de lo que constituye el oficio de historiador, en su punto más sensible. En efecto, esta construcción imaginaria, probabilística, es la que permite al historiador conciliar la libertad de los protagonistas y el futuro imprevisible, con la puesta en evidencia y la jerarquización de las causas que condicionan su acción.

P. Ricoeur, después de R. Aron, ha subrayado esos dos puntos. El hecho de reconstituir, dentro del horizonte de expectativa del pasado, posibilidades objetivas que sólo eran —y desigualmente— probables

¹³ El lector deseoso de mayores precisiones sobre el particular, puesto que yo sólo lo cito a título de ejemplo, puede dirigirse a Jean-Louis Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'an quarante*, París Gallimard, 1990, 2 vols. Por otra parte, Jean-Pierre Azéma, en su contribución a la obra que ha escrito con Michel Winock (*Naissance et Mort. La Troisième République*, París, Calmann-Lévy, 1970), ha tenido sumo cuidado en relatar la campaña de 1940 como si no conociera el desenlace, pero él no disponía entonces del trabajo de archivo que después hizo —durante diez años— J.-L. Crémieux-Brilhac.

¹⁴ R. Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, págs. 186-187. Las cursivas son de R. Aron.

no es un recurso literario que permita al historiador introducir en su relato un elemento de «suspense», sino que, sobre todo, supone guardar el debido respeto a la incertidumbre fundamental del acontecimiento.

PAUL RICOEUR: RESPETAR LA INCERTIDUMBRE DEL ACONTECIMIENTO

...la lógica de la probabilidad retrospectiva reviste una significación precisa que interesa directamente a nuestra investigación sobre la temporalidad histórica: «La investigación causal del historiador —dice Aron— no pretende tanto dibujar los grandes rasgos de relieve histórico como conservar o restituir al pasado la incertidumbre del futuro.» Y también: «Las construcciones irreales deben seguir siendo parte integrante de la ciencia, aunque no superen la verosimilitud equívoca, pues brindan el único medio de escapar a la *ilusión retrospectiva de fatalidad*.» ¿Cómo es esto posible? Hay que comprender que la operación imaginaria por la que el historiador concibe uno de los antecedentes desaparecidos o modificados, y luego trata de construir lo que hubiera pasado en esta hipótesis, tiene una significación que sobrepasa a la epistemología. El historiador se comporta en este caso como narrador que *redefine*, con relación a un presente ficticio, las tres dimensiones del tiempo. Al pensar en un acontecimiento distinto, opone la ucronía a la fascinación del pasado concluido.

De este modo, la estimación retrospectiva de las probabilidades reviste una significación moral y política que sobrepasa su significación puramente epistemológica: recuerda a los lectores de historia que «el pasado del historiador ha sido el futuro de los personajes históricos». Por su carácter probabilista, la explicación causal incorpora al pasado la imprevisibilidad, que es la marca del futuro, e introduce en la retrospectiva la incertidumbre del acontecimiento.

Temps et Récit, t. I, págs. 331-332 (trad. esp., t. I, pág. 313).

La lección moral y política que se extrae del respeto por lo imprevisible del futuro es también una lección de libertad. R. G. Collingwood, a su manera paradójica y en el marco de su filosofía idealista, argumentaba que no se podría descubrir que la historia es una ciencia autónoma sin descubrir al mismo tiempo que el hombre es libre¹⁵. Se

¹⁵ *The Idea of History*, págs. 315 y ss. Para R. G. Collingwood el hombre no es libre en relación con la situación; la situación sólo existe en cuanto pensada por el hombre, y en cuanto éste piensa la situación, la construye y es libre.

refería así a un aspecto fundamental: a condición de respetar la incertidumbre del acontecimiento, es la historia la que nos permite pensar a la vez la libertad de los hombres y la coacción de las situaciones.

Al mismo tiempo, la reconstitución probabilística de los futuros posibles que habrían podido acontecer es la única vía para descubrir y jerarquizar las causas de la historia. La imaginación a la que se apela aquí no es la de la invención desenfrenada. Las construcciones irreales que construye son ciertamente ficciones, pero no tienen nada que ver con el delirio o con los sueños. Se afianzan con determinación en lo real y se inscriben en los hechos reconstituídos por el historiador. La hipótesis de una posible estabilización del frente en mayo de 1940 responde a un análisis del tiempo desperdiciado por el alto mando francés en la sustitución de Gamelin por Weygand, del conocimiento de las dificultades del ejército alemán, de los blindados disponibles. La fecundidad de esta operación es manifiesta: evidencia, por contraste, el papel que en las causas de la derrota desempeñan los errores cometidos por los militares y la doctrina sobre el uso de los blindados. Su punto de interrogación es la inferioridad de la aviación francesa, tanto en número como en calidad. La experiencia imaginaria es un inventario guiado por hipótesis alternativas.

Anclada en la realidad, la construcción de evoluciones irreales tiene en cuenta, por otro lado, todo aquello que el historiador conoce sobre las regularidades sociales, aquello que M. Weber llamaba las «reglas de la experiencia», la manera como los hombres acostumbran a reaccionar ante situaciones dadas. En unas ocasiones se trata de lo que la vida le ha enseñado y de lo que ha descubierto en sus propias prácticas sociales; en otras, se apoya en las relaciones de la historia con la sociología. En cualquier caso, se inspira en los precedentes y moviliza conocimientos múltiples y, por tanto, no se guía por no se sabe qué «olfato» de buen sabueso. Es este precio, y sólo a éste, el que se puede llegar a pagar por aquello que R. Aron llamó «una verosimilitud equívoca».

Afianzada de este modo en lo real y armada con un saber social, la experiencia imaginaria conduce al historiador a reparar en el pasado en posibilidades que eran objetivas, pero que no se realizaron, pues no eran necesarias, sino solamente probables. En el oficio de historiador, lo difícil es asignar a cada posibilidad objetiva un grado adecuado de probabilidad, que funde la jerarquía de las causas¹⁶.

¹⁶ Véase en este caso P. Ricoeur, *Temps et Récit*, t. I., pág. 329.

Aquí se pone en juego algo fundamental, y el historiador bien lo sabe, pues no le pide al lector creer sólo en su palabra cuando señala las posibilidades objetivas desigualmente probables. Se siente obligado a rendir cuentas y, por citar a P. Ricoeur, a dar «las razones por las que considera a un factor *más que a otro* como la causa suficiente de un curso de acontecimientos». Debe, además, argumentar «porque sabe que se puede explicar *de otro modo*. Y lo sabe porque se halla, como el juez, en una situación de discusión y de proceso y porque su alegato no se acaba nunca, pues la prueba es más concluyente para eliminar candidatos a la causalidad (...) que para coronar a uno solo de ellos definitivamente»¹⁷.

Todo lo anterior nos devuelve, pues, a la posición incómoda del historiador. Uno siente que no habla de cualquier cosa, que argumentamos sobre hechos contruidos a partir de documentos y según las reglas del arte. Comprende que la experiencia imaginaria de evoluciones irreales, que le permiten sopesar las causas, tienen en cuenta todos los datos objetivos. Se trata además de una operación ficticia, guiada por la imaginación. La balanza con la que pesa las causas no ha sido verificada por ningún servicio de pesos y medidas. Por tanto, en su apreciación siempre hay algo de subjetivo. Las causas que declara preponderantes al término de su investigación tienen todas las papeletas para ser aquellas que su teoría privilegia. Ésta es la razón por la que Henri-I. Marrou, citando a R. Aron, pudo decir que «La teoría precede a la historia».

HENRI-I. MARROU: LA TEORÍA PRECEDE A LA HISTORIA

La teoría, es decir, la posición que consciente o inconscientemente adopta el historiador con respecto al pasado: elección y delimitación del tema, cuestiones planteadas, conceptos a los que se recurre y, principalmente, tipos de relaciones, sistemas de interpretación, valor relativo que a cada uno se le adjudica. Es la filosofía personal del historiador la que le dicta la elección del sistema de pensamiento en función del cual va a reconstruir y, según cree, a explicar el pasado.

La riqueza, la complejidad de la naturaleza de los hechos humanos, y, por ende, de la realidad histórica, hace que ésta (...) sea prácticamente inagotable para el esfuerzo de redescubirla y compren-

¹⁷ *Ibid.* Las cursivas son de P. Ricoeur (trad. esp., págs. 310-311).

derla. *Inagotable, la realidad histórica es, a la vez, equívoco*: hay siempre, perfilándose y superponiéndose en un mismo punto del pasado tantos aspectos diversos, tantas fuerzas en acción, que el pensamiento del historiador hallará siempre allí, sin acabar nunca, el elemento específico que, según su teoría, se revele como preponderante y se imponga como principio de inteligibilidad (...) como la explicación. El historiador escoge a su gusto: los datos se prestan complacientes a su demostración y se acomodan por igual a cualquier sistema. Encuentra siempre lo que busca...

De la connaissance historique, págs. 187-188
(trad. esp., 137-188).

Pero si el historiador encuentra siempre lo que busca, ¿qué lugar reservamos a la verdad en historia? ¿Es ésta algo más que un entretenimiento literario? Podemos utilizar la reconstrucción intelectual de explicaciones y la búsqueda de causas; podemos de este modo tomar cierta distancia en relación con la intuición romántica o el humanismo de la comprensión. Pero aun así, el estatuto de la historia, tal y como se nos presenta en esta fase, continúa siendo bastante frágil. ¿Se puede estar satisfecho?